RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Goldberg, Laura

La eficiencia productiva : cómo funcionan las fábricas, Jean Ruffier, Montevideo, CINTERFOR, 1998, 215 páginas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Goldberg, L. (1999). La eficiencia productiva: cómo funcionan las fábricas, Jean Ruffier, Montevideo, CINTERFOR, 1998, 215 páginas. Redes, 6(13), 182-186. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes
http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1002

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad
Nacional
de Quilmes

Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

La eficiencia productiva: cómo funcionan las fábricas, Jean Ruffier, Montevideo, CINTERFOR, 1998, 215 páginas

¿Cómo hacer para que las máquinas logren su objetivo? Es decir: ¿cómo hacer que produzcan a menor costo la mayor cantidad de objetos y de servicios que estimamos necesarios? Confrontando sus teorías con numerosas encuestas y trabajos de campo, realizados

en varios países por un equipo internacional de investigadores pertenecientes al programa de la red INIDIET del cual es coordinador, Jean Ruffier esboza una respuesta a esta compleja pregunta a lo largo de su libro.

Desde una perspectiva constructivista, Ruffier entiende que el conjunto de las personas que participan en una misma producción deberían estar ligadas a un objetivo común. Este principio de unidad en la acción de los actores nucleados con un mismo fin sólo podría encontrarse como resultado del deseo de obtener la eficiencia productiva del equipamiento. En este sentido el éxito de la producción de la que se participa sería el éxito de un grupo de actores que conforman un "productor colectivo". Es decir, actores que no se definen por su estatus social, su salario, ni por el lugar donde viven o trabajan sino porque contribuyen al buen funcionamiento del sistema productivo. Así, la eficiencia sería un sistema donde los actores de la producción ponen en disponibilidad sus propios recursos, no sólo productivos sino también ideológicos. Por otro lado, el autor considera que la finalidad del sistema productivo no es la demanda económica sino el aumento de la riqueza global. Dado que el fin sería entonces fruto de una elección ética, se intenta evaluar la contribución de los actores (el éxito) según criterios sociales y no solamente económicos. Lo original de esta investigación, en este sentido, sería reemplazar la lógica de maximización de la rentabilidad que suele atribuirse automáticamente a los productores por una de eficiencia que busque la articulación entre lógicas de acción social, lógicas económicas y lógicas técnicas, tratando de comprender cómo se definen y alcanzan los objetivos productivos. Este concepto permitiría reubicarse costantemente en el plano global, comprender las interrelaciones, medir las producciones de un sistema productivo localizado en varios países y comparar los resultados.

Complementariamente, Ruffier analiza la eficiencia productiva más desde un punto de vista sistémico que a partir de los actores individuales. Es decir, por su continua interrelación en la producción, lo que permitiría identificar una identidad cristalizada a partir de un proyecto de acción común. Según lo concibe el autor, un sistema productivo contiene el conjunto de las funciones que conducen a una cierta producción, bajo el postulado de que los actores que cuentan para esta acción se mueven por la voluntad de producir y que les otorga una identidad común de productores. Se trataría de la combinación compleja de equipamientos, informaciones y humanos que logran producir en las condiciones requeridas por la demanda. El sistema productivo no sería, desde este punto de vista, una creación sino una descripción: el mismo tiene

límites precisos, independientes de la mirada que se le dirija, y cada elemento tiene una función y objetivos propios que más que naturales son deliberadamente elegidos. Ruffier considera imprescindible definir el contorno de un sistema productivo como primer paso para conocer los recursos que son necesarios para que éste funcione realmente. En sus propias palabras: "ver qué hay para ver qué hace falta". Esto significa mirar dónde comienza y dónde termina una producción, ya que sólo se podrían comprender las relaciones sociales de la producción si se tienen los dos extremos de la cadena productiva (en un extremo, el inversor que realiza las principales opciones que dan forma al sistema productivo; en el otro el consumidor que, al definir la demanda, contribuye también a modelarlo). En este punto, el autor resalta asimismo la importancia de la memoria de las diferentes etapas por las que ha pasado el sistema productivo: "ser capaz de volver sobre el pasado constituye a veces la mejor manera de superar bloqueos presentes o futuros".

Los sistemas productivos predominantes en la actualidad son definidos en este trabajo como complejos, entendiendo la complejidad como la incapacidad para que un solo cerebro humano pueda aprehender la totalidad. El éxito en el establecimiento de sistemas productivos complejos pasaría por una movilización de seres humanos que rebase el marco estrecho de la empresa. El conjunto de saberes *(know-how)* relativos a un equipamiento constituiría un capital y no un *imput,* en tanto no se disuelven en el acto de producir sino que se alimentan con su propio trabajo y con la experiencia de la producción. De este modo, el capital tecnológico inmaterial que constituye uno de los principales elementos favorables de un equipo productivo tiene, en la lógica desplegada por Ruffier, puntos fuertes y débiles vinculados con su dispersión: nadie lo posee por completo. Su parte formalizada siempre podría ser copiada, reproducida o divulgada. Su parte no formalizada estaría repartida en los cerebros de los diferentes individuos, dependientes de las diferentes instituciones.

Queda claro que los equipos complejos requieren saberes constitutivos. Pero, ¿qué niveles de saber son necesarios? Es decir, ¿cuáles son los saberes de la eficiencia? Decir que la formación educativa no es la panacea no es demasiado original. Ruffier va más lejos en su respuesta, mostrando que en general se exagera la importancia de los niveles de formación requeridos, al faltar una comprensión cabal de la manera en que funciona la eficiencia productiva y el papel que desempeñan en ella sus múltiples actores. La comunicación parece ser para él una manera más segura de lograr éxito técnico y económico que la

acumulación de asalariados con diplomas, al menos si se sabe qué y quién debe comunicar. Según su opinión, para que la comunicación sea útil, además de comprender la lengua de los interlocutores, es preciso tener la voluntad de intercambiar informaciones y saber qué información dar o pedir.

De la comparación del buen funcionamiento de una fábrica francesa que produce predominantemente con trabajadores calificados (automación diplomada) y una mexicana cuyos trabajadores carecen en su mayoría de calificaciones específicas (automación sin diploma), el autor concluye que rara vez el nivel de formación de los asalariados es el principal obstáculo para lograr el éxito en el buen funcionamiento de un sistema técnico complejo. Más aún, el automatismo complejo significaría la posibilidad de alcanzar un mismo resultado (el éxito) a partir de datos e instituciones distintas: las carencias de saberes abstractos en la fábrica mexicana podrían ser compensadas por la constitución de redes informales de solidaridad que permiten actuar del mejor modo posible para mantener la producción, protegiendo al mismo tiempo los intereses de cada uno. Ruffier advierte en cambio que los sistemas productivos complejos, más que carecer de personal formado, carecerían de un intercambio acertado de informaciones pertinentes entre los actores de la producción. Como se supone que nadie es capaz de dominar por completo estos sistemas productivos complejos que están hechos de equipos, saberes, gente, capitales, debería apelarse a elementos que van más allá del individuo y que regulan, simplifican, articulan y dan coherencia al mismo, permitiendo así que el trabajo de los unos se base en la producción de todos. Esta traducción, que el autor remarca varias veces en sus análisis como un elemento imprescindible, sería el medio que permita enfrentar las complejidades que la producción implica: diferentes técnicas, diferentes funciones y posiciones institucionales dispersas, trazando un puente entre quienes no se comunican espontáneamente. Probablemente (lamentablemente) sea también el factor de eficiencia productiva más difícil de obtener. En este punto, Ruffier delinea, sin brindar demasiados detalles, un supuesto nuevo papel para la intervención sociológica en la articulación de las diversas técnicas en el seno de un sistema productivo complejo.

Bajo la pretensión de dilucidar quiénes son los pioneros del desarrollo industrial, mostrar que son más reconocibles por su compromiso, su manera de ser y de hacer que por sus estudios, sus culturas o su posición en los organigramas, Ruffier nos introduce finalmente en su búsqueda de una medida del éxito técnico que pueda pasar de los ni-

veles de análisis micro a los niveles macro, es decir, que tenga un alcance global que exceda el esfuerzo particular de un grupo alrededor de un equipamiento productivo específico. Por ello, el autor rechaza los indicadores económicos de éxito (facturación, margen comercial o tasa de beneficios) que dependen siempre de las respuestas a corto plazo, dado que la eficiencia productiva sería un fenómeno del mediano plazo en el que la duración es un punto destacado, dada la permanente modificación de las exigencias del mercado. Tampoco acepta los indicadores productivistas (productividad y tasa de utilización de los equipos) para medir el éxito técnico en tanto no pretende construir "un arma de guerra para luchar contra las demás naciones o empresas". La medida de la eficiencia productiva que busca Ruffier debería permitir a los productores evaluar su capacidad para seguir siendo productores en un mundo que cambia constantemente. En este sentido, uno de los índices más claros de la eficiencia productiva sería la capacidad de evolucionar. También sería ésta una medida cierta de la cohesión social en tanto mostraría cómo un conjunto de humanos y máquinas puede mantenerse independientemente de las vicisitudes de los mercados de bienes o capitales. Sería la verdadera medida de la producción, la que tendría sentido para todos los trabajadores.

En definitiva, los ejes del aporte del equipo de investigadores coordinados por Jean Ruffier giran en torno de una conceptualización de la eficiencia productiva que hace hincapié en el sistema productivo como un todo y en la duración del proceso en el tiempo, intentando desmitificar desde distintos ángulos los postulados de la teoría tradicional económica y del *management*, y esbozando al mismo tiempo elementos conceptuales que permitan continuar con la búsqueda de indicadores más apropiados para captar las novedades que impone la revolución de la informatización sobre los sistemas productivos. Este libro constituye en fin, un primer paso sobre un terreno fértil, aunque no termina de desentrañar algunos de los grandes interrogantes que lo originan. ❑

Laura Goldberg